

Maldonado, Mónica María (2000). *Una escuela dentro de una escuela. Un enfoque antropológico sobre los estudiantes secundarios en una escuela pública de los '90*, col. Antropología social, Buenos Aires: Eudeba.

UNA ESCUELA DENTRO DE UNA ESCUELA

MÓNICA UANINI

La segunda reimpresión (en 2004) del texto de Mónica Maldonado en Argentina (editado en 2000) indica, sin duda, que la temática en la que se inscribe –las relaciones sociales entre los jóvenes en la escuela media– y las realidades que muestra y analiza siguen despertando, de modo cada vez más extendido, el interés y la preocupación de los campos social y pedagógico.

También es señal de que luego de pasar de mano en mano por muy variados espacios de formación y discusión, ha probado la fortaleza y la polifonía de sus aportes y su capacidad para provocar preguntas, identificaciones, reconocimientos, debates, análisis y comprensiones en un público asombrosamente diverso. Digo “asombrosamente”, porque no es habitual que un texto universitario, resultado de una investigación de corte socioantropológico, traspase los tabiques de la academia, adquiera vida propia y motive usos diversos en las aulas y las salas de profesores de la secundaria, entre ingresantes a la universidad y en los más variados cursos de formación docente, sin que en tal circulación operen como barreras las diferencias generacionales.

Parte del secreto encanto que hace a este texto al mismo tiempo dúctil y riguroso, accesible y complejo, reside en la sensibilidad de Maldonado para atender y nombrar, con aguda delicadeza, la filigrana de un cotidiano

Mónica Uanini es docente auxiliar de la Escuela de Ciencias de la Educación e investigadora del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Escuela de Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Humanidades. Ciudad Universitaria, Córdoba, CP: 5000, Argentina. CE: monicau@tutopia.com

conflictivo vivenciado por muchos y, al mismo tiempo, invisible por lo naturalizado de sus formas.

Su lectura en Argentina ha contribuido a revitalizar la mirada hacia los jóvenes y la escuela. En el campo pedagógico, ha traído un aire fresco y ha significado tanto un contrapunto como un complemento necesario frente a los núcleos temáticos del discurso oficial que acompañó la reforma educativa de la década de los noventa, discurso alejado, en gran parte, de la estatura de los sujetos y de sus modos de habitar el espacio escolar en contextos turbulentos, de privaciones e incertidumbres.

Para quienes, como es mi caso, transitamos el territorio de la educación a horcajadas entre la investigación y la inquietud por intervenir pedagógicamente, el libro de Mónica Maldonado brinda aportes ya sea como etnografía educativa, ya sea como discurso que, desde su especificidad, busca conversar con la pedagogía en torno a ciertas problemáticas que la acucian, planteando interrogantes, interpellaciones, grietas, desafíos. Es en el juego entre estos dos planos que me interesa abordar su libro en este comentario.

Veamos de qué se ocupa la autora en la escritura de su investigación. Luego de identificar y describir los contextos de diversa escala que definen las coordenadas sociohistóricas del caso abordado, comienza a mostrar el modo en que los estudiantes de un curso de secundaria, “el quinto-cuarto” –enredados en un juego recíproco de miradas, silencios, ocultamientos y ostentaciones– dirimen activa y dolorosamente su propia existencia social en un marco de movilidad social descendente y de deterioro de la escuela pública.

Dado su enfoque etnográfico, a lo largo de dos años esta investigadora siguió de cerca a los chicos en sus gestos, frases y silencios, aproximaciones y rechazos, búsquedas y desencuentros, atendiendo al movimiento colectivo a través del que se va configurando el lugar de cada uno de los jóvenes en la cartografía dinámica del curso y sus grupos. En su escritura abre poco a poco, como en espiral, la trama compleja de relaciones que los adolescentes construyen en la escuela, y descubre los modos y recursos cotidianos mediante los que resuelven conflictivamente, a costa de otros y hasta de ellos mismos, sus elaboraciones identitarias.

Es muy interesante el recorrido que Maldonado hace renglón tras renglón no sólo para precisar la fisonomía particular del curso y de la situación social de los chicos que lo componen, sino también para indicar y

justificar cuáles son sus claves de lectura. En este esfuerzo nos orienta en la necesaria problematización de un conjunto de nociones de sentido común (“curso”, “adolescencia”, etcétera) cuyo uso naturalizado en el mundo escolar entorpecen la decodificación de lo indagado; para ello encuentra apoyos y recursos no sólo en la sociología y la antropología sino también en la historia y la literatura.

Las decisiones que guiaron su trabajo de campo, de las cuales encontramos diversas huellas a lo largo del texto, muestran cuidado en la definición de las maneras de aproximarse a los jóvenes y preocupación por generar un espacio de confianza que les permita compartir lo más abiertamente posible sus perspectivas. Su presencia en el terreno se respira en la escritura con la que busca transmitir su investigación, sin que con ello robe el primer plano a los estudiantes y sus voces.

También es interesante poner de relieve la forma en que la autora va explicitando su mirada como mirada particular, indefectiblemente marcada y condicionada por los lugares sociales desde los que se integra a las conversaciones con los jóvenes y otros actores escolares. En este sentido, lejos está de proponer su visión como definitiva o como la única posible.

A lo largo del texto se advierte el afán por eludir cualquier riesgo de sustancialización o de esencialismo. Para ello trabaja sus interpretaciones siempre relationalmente, ofreciendo puntos de referencia diversos y comparaciones que, en su juego de semejanzas y diferencias, permiten ir comprendiendo la particularidad del mundo abordado sin que ésta resulte cerrada sobre sí misma.

“El mundo social es esencialista” –dice Pierre Bourdieu– y Mónica Maldonado va descubriendo justamente cómo en la construcción de sus lugares y el de los otros, los adolescentes esgrimen, usan clasificaciones socialmente disponibles y legítimas para fijar las diferencias como esenciales y justificar las distancias y segregaciones.

En esta línea, la antropóloga devela –y con ello nos desvela– la desembocadura a la que conduce el modo en que se configuran las relaciones entre los estudiantes. Denominará “prejuicio racializado” a ese gesto donde se condensa, finalmente, el modo de disponerse hacia un otro convertido, gracias a tal prejuicio, en alguien no sólo diferente, sino también inferior e inmutable. Lo destacable en este punto es cómo la autora muestra el proceso a través del que se fabrica este gesto discriminatorio, así como el carácter

estratégico del prejuicio y su papel como recurso “seguro”. Respecto de esto último señala:

Pensar el prejuicio como recurso seguro posibilita encuadrarlo como una herramienta a la que se recurre cuando no hay al alcance otras maneras claras de mostrarse diferente. Así el actor expresa, en el mismo momento y a través de las formas negativas de clasificación del otro, una autopresentación positiva que se manifiesta como innegable, transparente, natural. Ello facilita, además, generar una comunicación rápida y cooptar a otros miembros a través de la construcción de un enemigo común. Lo cual no significa pensar un actor que hace uso del recurso consciente, racional y calculadamente, sino que apela desde el sentido práctico a poner en juego una serie de preconceptos sobre el otro, aprendidos social y culturalmente y que, siendo parte de su entorno, son retomados y reactivados, constituyéndose en una actitud ofensiva cuando el sujeto se siente en riesgo.

Maldonado muestra cómo la discriminación que el prejuicio racializado habilita e instruye, se cuece en las opacidades de un juego de relaciones que muy pocos se disponen a escudriñar o interceptar antes de que estallen sus desenlaces violentos. En este sentido, la lectura efectuada por la autora habilita potencialmente la conjectura, de carácter heurístico por cierto, de que muchos sucesos violentos en las escuelas emergen como la solución inesperada, gravosa, provisional e ilusoria, de larvados conflictos intersubjetivos cuyo caldo de cultivo son contradicciones y desigualdades estructuralmente generadas e institucionalmente mediadas por las lógicas del espacio escolar.

Con sus elaboraciones, la autora pone ante nuestros ojos la antesala probable de las erupciones de violencia que se registran hoy en la escuela.¹ Antesala que se configura en la complicidad ciega de las urgencias escolares, de ciertos pliegues de las tradiciones pedagógicas que subyacen en las prácticas del nivel medio, y de la extrema división de la tarea institucional, división que ayuda a que reine entre los profesores el desconocimiento respecto de lo que sucede con sus alumnos cuando se trata de ir más allá de las calificaciones que transcriben en sus planillas o de impresiones excesivamente vagas. Desconocimiento estructuralmente constituido que suele encontrar en el desentendimiento su suplemento subjetivo entre los docentes.²

Lo que el libro nos muestra son procesos entrelazados por fuera de los efímeros y delgados conos de luz alcanzados por la mirada de los profesores sobre “el curso” desde su posición actual en la trama institucional. El punto de vista de Maldonado, entendido como “vista desde un punto” diferente al de los docentes por cuanto a ello la conduce y conmina su oficio de antropóloga, resulta una contribución necesaria hacia la escuela en la medida en que ayuda a ensanchar aquellos conos de luz. También contribuye a afinar la sensibilidad hacia los procesos que –después de leer el libro– pueden volverse parcialmente reconocibles, por quedar advertidos algunos de sus indicios en el cotidiano de las aulas y los patios escolares.

Si bien en Argentina mucho de lo reflejado se asocia con el crecimiento pavoroso de la pobreza, a la pérdida de garantías y condiciones que antes caracterizaban a las clases medias y al creciente desentendimiento del Estado en materia educativa, la argumentación de Maldonado trasciende las particularidades nacionales, al delinearse como una perspectiva que ofrece nuevas vías para estudiar y tratar de explicar lo que sucede entre los jóvenes en las escuelas cuando se habla de violencia en diversos contextos geográficos.

El libro de Maldonado nos lega justamente un caso al que retornar con preguntas acerca de qué situaciones inclinan a los sujetos a la fabricación del prejuicio, de qué modos se pone en juego este recurso en la interacción y –lo que creo la cuestión de fondo– cómo puede desempeñar la función de un arma simbólica o motivar el uso de un arma efectiva en sujetos desesperadamente inseguros, porque han perdido todas las certezas sobre el valor de sí, sobre los suyos, sobre su futuro, sujetos que, en muchos casos, esconden inimaginables fragilidades detrás de prácticas que apuntan a mostrarlos como poderosos.

Hay un reverso de las imágenes que Maldonado nos brinda y que ataña a los pedagogos. Un detrás del espejo con el que, como antropóloga, nos interpela amablemente pero apuntando a cuestiones de fondo.

Aquel reverso deja ver el vacío de intervenciones pedagógicas en el que se fraguan los diferentes gestos de la discriminación en el caso estudiado. Sólo una profesora parece querer hacer algo en torno a lo que advierte entre sus alumnos; sin embargo, su intervención es tan desacertada, que sólo logra acentuar las líneas de fractura que atravesaban la frágil y acotada retícula del curso.

Algunos quizás objeten que, entre el momento en que este libro fue publicado y la actual reimpresión, el discurso del respeto o la tolerancia a la diversidad se ha diseminado en las escuelas atendiendo justamente esta problemática. Pero basta recordar las críticas al carácter “políticamente correcto” de tal discurso, reconocer las aporías a las que conduce cuando se lo aborda sin el respaldo argumental apropiado, y verlo resbalar como el agua por las plumas del pato en los oídos de los chicos de la secundaria para reconocer su superficial incidencia, su corto alcance y su rápida banalización. Una novedad discursiva en torno a la problemática puede ser necesaria; sin duda no es suficiente o sólo lo es para tranquilidad de algunas conciencias que cesan allí de intentar otras alternativas; pues alcanza sólo a rasguñar las imágenes más epidérmicas de lo hasta entonces considerado legítimo, sin alcanzar las fibras más íntimas de los intereses y procesos que conducen a prácticas discriminatorias.

Sin duda, las condiciones en las que los directivos y docentes afrontan sus obligaciones cotidianas en la escuela, lejos están de propiciar la construcción de estrategias institucionales y pedagógicas frente a las formas en se fabrican las relaciones entre los jóvenes. Maldonado, de todos modos apunta e interroga, dejando ver que hay algo más que atender en caso de que las condiciones materiales y organizativas se despejen por resueltas. Con la bienvenida frescura de quien no tiene que rendir cuentas a los debates históricos dentro del campo pedagógico, lanza una pregunta que no ha dejado de aguijonearme hasta ahora. Se interroga:

[...] sobre el papel de la escuela en los procesos de socialización de nuestros jóvenes, especialmente en el aspecto referido al manejo de la sociabilidad, sus reglas de interacción, su comunicación, sus representaciones sobre los otros. ¿No será justamente que hoy la escuela pública, en su lucha desmedida por sobrevivir, está olvidándose de este aspecto que hace a las presentes y futuras relaciones sociales? ¿O será más correcto pensar que, olvidada de trabajarla explícitamente, sí lo realiza de maneras invisibles, mucho más duraderas por ser producto de prácticas no reflexionadas?

Cuando en ciertos contextos uno lanza la palabra “socialización” ante un público de docentes de nivel medio, corre el riesgo de que la furia parta la tierra y el grito en el cielo llegue hasta el último de sus círculos. Tácticamente, al menos en Argentina –y obviamente ello tiene que ver con los

diferentes sentidos e intereses que confluyeron en la constitución histórica de cada uno de los niveles del sistema educativo nacional— se fue dando por sentado que de la “socialización” se ocupaba la familia y, parcialmente, la escuela primaria. La secundaria, en todo caso, disciplina (en el doble sentido, es decir, se estructura con base en una colección de disciplinas, y modela conductas a partir de la sanción) o, mejor dicho, disciplinaba, pues la disciplina como principio estructurante hace tiempo que, en este rincón sur del mapa, ha perdido la eficacia que le permitía en otras épocas estructurar la vida cotidiana de los colegios e institutos. Como podrá advertirse, el uso del término en estos casos alude a la socialización como una función a cumplir.

Se puede entrever, entonces, un significativo malentendido entre el significado que parecen estarle asignando los docentes y el que le atribuye la ciencia social, un malentendido entre la pedagogía y la sociología.³ Mientras entre los profesores la “socialización” parece ser algo que se sumaría ilegítimamente a sus faenas de maestro de matemática, geografía, química, etcétera y, por lo tanto, enseñar y socializar devienen dos cuestiones y tareas diferenciadas; la socialización como concepto en el campo socioantropológico alude a un proceso —aquél por el cual un sujeto adviene miembro de una sociedad particular al in-corporar sus pautas— que acontece indefectiblemente, cualquiera sea el trabajo educativo intencionalmente planteado, y se configura particularmente, según los contextos con los que y en los que sistemáticamente interactúan los sujetos.

Ya la noción de currículum oculto buscaba en parte, suturar teóricamente esta brecha, zanjar este malentendido, ofreciendo a la pedagogía una vía para captar la educación que prosperaba más allá de las planificaciones, la conciencia y las buenas intenciones. Tal noción, de todos modos, no ha interpelado el sentido común docente. Por lo que, en el terreno de las prácticas, lo que no queda zanjado es esa brecha que obliga a nuestra antropóloga a redoblar “la escuela” en el título de su trabajo. Y esto sin duda es una cuestión pedagógica. Es más: es cuestión de una política de la pedagogía.

“Una escuela dentro de una escuela” inscribe las iniciales de un objeto y una perspectiva que invitan a prolongarlos en nuevas investigaciones y en el enriquecimiento de las claves que ayuden a leer lo cifrado en cada suceso crítico que los jóvenes protagonizan en los espacios escolares. Maldonado llega allí donde, en lo sucesivo, a otros entre aquellos preocu-

pados por los destinos de los adolescentes y de las escuelas, por la transmisión cultural entre las generaciones, en fin, por la educación, nos toca recoger el guante sumándonos para seguir conociendo esas realidades tan metamórficas como dolorosas que tantas veces soportan y construyen los jóvenes, y para imaginar y concretar otras formas y nuevos sentidos del encuentro educativo.

Notas

¹ En este punto me autorizo a tal afirmación por haber conocido variadas situaciones institucionales del nivel medio de la provincia de Córdoba, Argentina, a raíz de mi trabajo en la cátedra “Taller III: problemáticas de nivel primario y medio”.

Desde ella –a cargo de Nora Alterman– se acompañaron ejercicios de indagación etnográfica en escuelas secundarias de la capital provincial desde 1997 hasta 2003. Fueron ejercicios realizados por grupos de alumnos, centrados en la reconstrucción de los dispositivos disciplinarios que permitieron reunir alrededor de cincuenta casos en el periodo señalado, en varios de los cuales se reconocieron sucesos violentos precedidos por procesos institucionales y formas de relación entre los chicos que guardan puntos de contacto con las observaciones de Maldonado.

² En este caso “desentendimiento” debe entenderse como un modo de disponerse hacia determinados fenómenos o sujetos sociales, que es resultante subjetivo, actitudinal, de una construcción social compleja. Es otra forma de aludir a lo que Bourdieu denomina desinterés, sobre el cual señala su carácter socialmente estructurado y estructurante.

³ Malentendido que, llamativamente, no encontramos en los orígenes de ambos campos del saber, allá cuando Durkheim consideraba sinónimos educación y socialización (aunque debemos reconocer que en el anfibio carácter del funcionalismo –con su ambivalencia entre la descripción de un orden social y la implícita prescripción del mismo– pueden haber prosperado los gérmenes de tal malentendido, al suponer como función un proceso social que, a la vuelta del argumento, resulte una función a cumplir).